

Sin rumbo fijo

por Teysa

Bajó del autobús y decidida, cogió una bicicleta. Empezó a pedalear hacia el centro de la ciudad, sin rumbo fijo.

Llegó en poco tiempo a la Avenida de la Constitución. Se desvió del carril bici con la intención de ver la Giralda de cerca. Estaba a punto de pasar a su lado cuando, de repente, escuchó una voz que gritaba en un idioma que desconocía. Miró hacia arriba y vio a un hombre asomado, un almuédano que convocaba, a viva voz, a los fieles a orar.

Siguió adentrándose en el barrio de Santa Cruz. Judíos, musulmanes y cristianos paseaban tranquilamente por las estrechas calles buscando la sombra. Entre las barandillas de hierro forjado se divisaban patios señoriales. Una mujer cantaba alegremente regando las flores de su balcón.

Al pasar por los jardines de Murillo, antes pertenecientes al Alcázar, vio sentado junto a un árbol a Al-Mutamid con su turbante blanco leyendo. Se imaginó al rey taifa en el Salón de Embajadores escribiendo los poemas que ensalzarían la belleza de su tierra.

Se dirigió al río. Estaba próxima al Paseo de las Delicias cuando empezó a avistar embarcaciones y galeones de todos los tamaños. Desde la Torre del Oro hasta el puerto hombres provenientes de toda Europa intercambiaban monedas por tesoros recién llegados de las Indias.

Dejó atrás el tumulto y continuó durante un largo rato. La brisa de la tarde le removía el pelo. Podía sentir el olor a azahar y la caricia del sol en las mejillas. Se acercó a la muralla por Ronda Capuchinos y atravesó la Puerta de la Macarena. De lejos contempló romanos, musulmanes y castellanos arreglando la muralla, intentando proteger sin descanso la ciudad que les acogía.

Desembocó en Torneo y cruzó el puente de la Barqueta. En cuanto lo hizo se topó con un pájaro gigante de nariz y cresta como el arco iris. Las calles y los edificios eran un espectáculo de colores y nacionalidades. Arriba, las cabinas del teleférico colgaban cruzando la isla. Estadounidenses, chinos, rusos, brasileños, sudafricanos, australianos y un largo etcétera disfrutaban conociendo y dando a conocer culturas nuevas.

Al fin, salió de la Cartuja y paró junto al Guadalquivir a descansar antes de volver a casa. Contempló las vistas y calmó la respiración. Había bajado a Sevilla para poner en orden sus ideas. Recordar de dónde venía siempre le ayudaba a encontrarse a sí misma.

Se subió de nuevo a la bicicleta. A partir de entonces sólo podía avanzar hacia delante, hacia el futuro y todo aquello que estaba por venir.

Pedaleó rumbo a la estación mientras, en el horizonte, el sol del atardecer se reflejaba en los cristales de la torre Pelli.